

# Isabel Estambul Nueva Zelanda: palabras para Guillermo Fernández

León Plascencia Ñol

No sé cómo iniciar este texto, ni cómo continuar una imagen que me asalta en sueños: veo a Guillermo señalar una montaña nevada mientras sonrío y de inmediato la imagen se quema. Hay algo de raro en los sueños, hay algo de raro en un texto sobre un amigo que ya no estará más aquí. Me demoro en este inicio, hablo con mi mujer, me escabullo durante horas porque sé que es difícil escribir sobre nuestros fantasmas y nuestras querencias. Es como si no vinieran las palabras, como si de ellas pendiera el dolor, o la extrañeza, o saber que nunca más verás a un amigo. Pero las palabras están aquí, en esta medianoche en la que dormir significará volver a ese sueño. Pero son imágenes las que asaltan, no ese sueño recurrente de los últimos días. Escribir sobre un amigo, sobre la imposibilidad, sobre una montaña nevada. Ayer, mientras manejaba por la carretera a 160 kilómetros, pensé en la manera de conducir de Guillermo, tan parecida a este momento: subirse con él a un auto era enfrentarse a un miedo que venía desde lo profundo, como una tenaza que se agarraba a ti y no se iba. Así están las palabras ahora, atenzadas, sin vida, sin saber a dónde irán.

Conocí a Guillermo Fernández hace veinte años, en Guadalajara. Quizá un poco más. A veces la memoria es vacilante, se escabulle, como estas palabras. Recuerdo a Guillermo subiendo unas escaleras de un edificio colonial; la voz de Guillermo y la risa, su risa tan franca. Yo estudiaba italiano y publiqué unas pocas traducciones que hice de algunos poemas de Valerio Magrelli y de Maurizio Cucchi, en unas revistas de Jalisco y Michoacán. Por alguna razón Guillermo leyó mis traducciones y le pidió a un amigo mutuo que me invitara a un curso que daría él, Guillermo, quiero decir, sobre Magrelli, en ese edificio colonial. Desde luego que sabía que Guillermo era ya el gran traductor de italiano y un enorme poeta. Me sentía aterrado, temeroso de que mis inicios en la traducción no le gustaran. De pronto estaba frente a mí, tendiéndome su mano, hablando en una lengua incomprensible —en toscano moderno—, mirándome con los ojos burlones. “Maestrín, ¿qué no sabía italiano, pues?”, escuché que me dijo mientras soltaba la carcajada. Ahí estuvo la primera lección, y con esa vinieron otras tantas en diversas reuniones o, a veces, por teléfono.

Tuve el honor de publicar, a mediados de la década pasada, una antología de Guillermo, en mi editorial Filodecaballos. Le propuse editarla y él me pidió una sola condición, que se llamara *Isabel Estambul Nueva Zelandia*, como ése, quizá, su primer recuerdo sonoro de la infancia. Un endecasílabo perfecto que susurraba el niño que fue Guillermo en aquella Guadalajara pueblerina. *Isabel Estambul Nueva Zelandia*, la extrañeza y la musicalidad; el mundo de la poesía ya estaba ahí.

Cuando muere un amigo se fractura una parte de tu mundo. Ya nada es igual porque él ya no estará ahí para decirte algo, cualquier cosa por nimia que sea. La imagen de la montaña nevada no se va, es de las cosas que quedan pero que provienen de otro mundo. Como esta imagen que me asalta: Guadalajara, fines de los noventa, un billar en un sótano, mesas de carambola, Guillermo enfadado por que durmió mal y tiene tortícolis pero intenta hacer un golpe a tres bandas. Mientras nos pone a prueba diciendo versos de Luzi, Pasolini, Montale, Alessi, y, entre medio, como por no dejar, versos de canciones de Leo Dan. “Me chifla gordo, me chifla”, parece que lo escucho aún. La cabeza ladeada, los lentes redondos, la mirada de niño juguetero, la sonrisa irónica, la nariz de beduino, la guayabera blanca, y después del tiro a su bola, la mano en la frente con la palma hacia nosotros. “Caro, ahora dale”, escucho su voz.

La montaña nevada es una imagen que ha estado presente en estas noches de duelo y tristeza. Se quema en mi sueño una y otra vez mientras veo extinguirse la escena con Guillermo sonriendo pícaro y señalando hacia esa mole de verdes y blancos.

Hay otras imágenes que vienen, instantáneas con Guillermo y otros amigos; imágenes de un tiempo que ya no volverá. Prefiero pensar que en algún sueño escucharé de nuevo la voz de Guillermo, en un sueño fácil de imaginar porque deberá suceder todo por la noche, después de que Guillermo termine de traducir quizá a Leopardi y tenga un caballito de tequila al lado. En ese sueño tomaré el teléfono, marcaré al número de su casa toluqueña, y él, entre bromas y preguntas para saber cómo he estado, me dirá: “Cuando yo vuelva / te hablaré de Isabel, Estambul, Nueva Zelandia, / de la isla que nos aguarda en el Atlántico / donde yacen sepultas nuestras alas. // Pero mucho tendré que caminar aún conmigo mismo, / perseguido por todos mis caminos moribundos / escapar a las trampas tendidas a las corzas / en los calveros de la profanación; / fingir que dormiré cuando esas mismas flores / extiendan su corola en la penumbra emponzoñada”.

LEÓN PLASCENCIA ÑOL. Poeta y editor. Es director de Filodecaballos, editores. Fue director de la revista *Parque Nandino*. Colaborador de periódicos y revistas de México como de otros países. Becario del Fonca en dos periodos y de las residencias artísticas otorgadas por el Ministerio de Cultura colombiano y el Instituto de Traducción de Literatura Coreana. Entre sus premios se encuentran el Nacional de Literatura Gilberto Owen 2005 y el Álvaro Mutis (México-Colombia) 1996. Entre sus libros están: *Estación llena de pájaros* (FETA, 1993); *En los párpados del aire* (Secretaría de Cultura del Edo. de Jalisco, 1994); *Enjambres* (FCE, 1998); *El árbol la orilla*, Canadá-México (Escrit des forges-filodecaballos, editores, 2003); *Apuntes de un anatomista de ciudades* (Gobierno de Jalisco, 2006), y *Zoom* (Aldus 2006; Ángeles de Hierro, República Dominicana 2010), *Satori* (Conaculta 2009; Era 2012), *Tratado sobre la infidelidad* (Conaculta 2010), *Revólver rojo* (Bonobos, 2011). Realizó con Rocío Cerón y Julián Herbert la antología *El decir y el vértigo. Panorama de poesía Hispanoamérica 1965-1979*, Filodecaballos, editores, 2005. Fue director editorial de la revista *México Design* y trabajó como guionista de televisión para la Universidad de Guadalajara. Con *Satori* obtuvo el Premio Iberoamericano de Poesía Jaime Sabines para Obra Publicada. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.